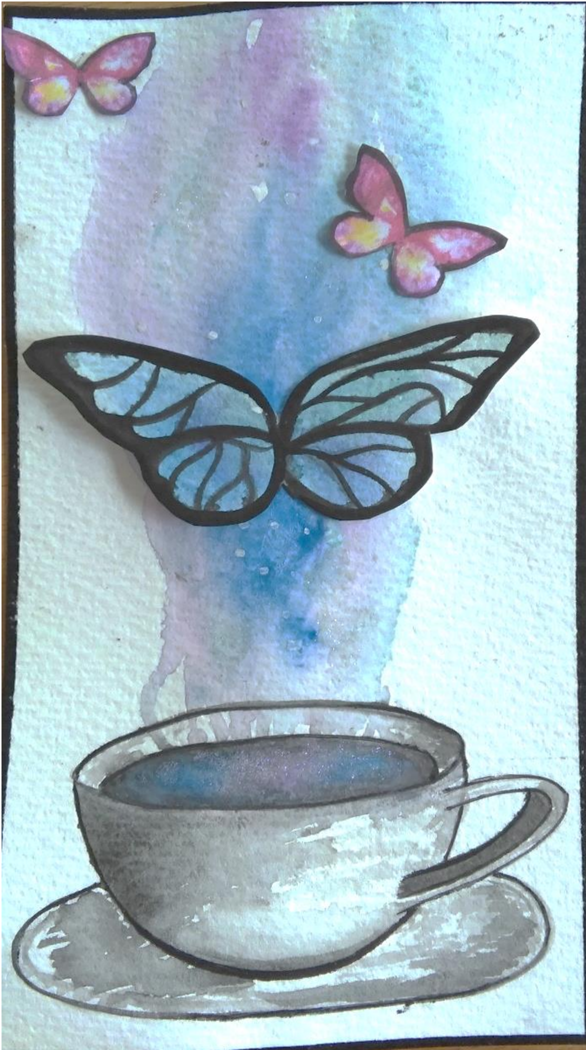
Una tarde de café.



Acuarela, Carolina Bedoya 11-3,2017

A Samanta le gustaba el café, un dulce café con dos cucharadas de azúcar, tan cálido como sus mejillas al ruborizarse y tan oscuro como aquella noche de invierno en que nos conocimos. Recuerdo como amaba las mariposas, como su rostro se iluminaba al hablar sobre lo bellas que eran, pero nunca se comparaba a lo luminoso como estaba el mío al verla.

Su sonrisa, su mirada, su cabello tan rojo y brillante como el fuego, su aroma generaba el letargo viviente que la cafeína produce al tomar una taza de café, y sus pecas, tan infinitas y hermosas como las estrellas. Toda ella era sencillamente una obra de arte.

Siempre he sentido que mi ser es muy poco para ella, e incluso, en algunos momentos, he pensado que su sentir llego a ser igual. Había momentos en los que parecía no estar presente, era como si su mente viajara a otro mundo, otro espacio, otras cosas, otras personas… No sé si realmente llegué a hacerla feliz, o simplemente era lo que yo en algunos instantes quería pensar.

Recuerdo aquel día en que me convenció de ir con ella al mariposario, no paraba de hablar sobre la perfección de las mariposas, en particular la imponente y majestuosa monarca. Mientras me hablaba, la observaba, disfrutaba su presencia, su voz, su andar. Al transcurrir unas horas, al pasar cerca de un parque, me convenció de sentarnos en un pequeño café y por supuesto tuve que complacer sus deseos ¿Cómo no hacerlo?, uno de los pocos momentos en los que pensé que su felicidad a mi lado fue verdadera.

Juan José y Laura 11